

D. PEDRO.

Aguir.

D. FERMIN.

Ea,

hasta mañana temprano,
¿no es verdad?

D. PEDRO.

Sin duda.

D. FERMIN.

Buenas
noches. Nicolasa, alumbrá
al señor.... Tú ¿no te acuestas (á Tom.)

DOÑA TOMASA.

¿Por qué no?

D. FERMIN.

Como es tu novio.

DOÑA TOMASA.

¿Qué importa para que duerma?
Demasiado velaré
luego que ya no lo sea;
porque entonces, los cuidados
ya ve Ud. siempre desvelan.

D. FERMIN.

Tienes razón, hija mía,
duerme bien, y toma fuerzas
para sufrir los cuidados
que, según dices, te esperan.



ACTO CUARTO.

— ESCENA I.

D, SEVERO Y D. CARLOS.

D. CARLOS.

¿Quién pudiera preveer
que te cegaras, maldito?

D. SEVERO.

Todo el que entra en un garito
ha de jugar y perder.

Así nada es de extrañar
que yo jugara y perdiera;
lo que si me desespera,
es me dejase arrastrar
por un loco como tú
á esa lóbrega mansión.

D. CARLOS.

Es casa de diversión.

D. SEVERO.

Es casa de Belcebú.

D. CARLOS.

¿Aun la cólera te dura?
¿Qué viste tan malo allí
que así te alterara?

D. SEVERO.

Yo ví
un infierno en miniatura,
y no merece otro nombre,
porque se deja al entrar
cuanto puede recordar
los privilegios del hombre.
En un ahumado aposento,
anegado en porquería,
he visto en un solo día
lo que no pudiera en ciento
Sobre una mesa ó bufete
allí un mandil se descubre,
que más empuerca que encubre,
y al que se llama *tapete*.
Yace encima un mal velón
moribundo, desdichado,
quien, á pesar de su estado,
manifestó la intención
que de alumbrarnos tenía;
mas le faltó un requisito,

y fué el aceite maldito,
que estaba en Andalucía.
Pues de esta mesa el redor,
y por tal luz alumbrados,
encontramos ya sentados,
esperando un redentor,
á una porción de estafermos,
que por ser desaliñados,
flacos, puercos y estropeados,
me parecieron enfermos.
Pero ¡ay Dios y qué sudores
tuve! ¡qué susto me diste
cuando al oído me dijiste:
estos son los jugadores!
Luego descubrí al banquero
fumando su cigarrito,
manejando aquel librito,
ó recogiendo dinero.
A bosquejar no me atrevo
ni sus dedos ni sus uñas,
no se quejan las garduñas,
ó chille un cristiano nuevo;
pero añadiré sencillo,
que si le encuentro en la calle,
en lugar de saludalle
le doy mi capa y bolsillo.
¡Qué juramentos! ¡qué horrores!
¡qué reniegos! ¡qué providas!
y otras voces conocidas
tan sólo entre jugadores.
Acá gana una *judía*,

allí las sotas *se dan*,
piérdese un buen *ganaran*
ó quiebra *contra judía*.
Allí sin sogá, *se amarra*
se apunta sin escopeta
sin necesidad *se aprieta*,
se mata sin cimitarra:
también *se entierra* sin ser
doctor ni sepulturero,
y en fin *se pierde* el dinero
sin oír, sin hablar, sin ver
Estos, amiguito, son
los primores, que sin tasa
se encuentran en esa casa,
que llamas de diversión.
Y no siento, ciertamente,
haber jugado y perdido,
sino el haber conocido
pocilga tan indecente.

D. CARLOS.

Es verdad; pero disculpa
tengo, y sabes que el entrar
fué sólo disimular.

D. SEVERO.

No: tu no tienes la culpa:
bien lo sé. La culpa es mía,
mi confesión es bien clara,
y obré anoche, cual obrara
un chico de escuela pía

Si yo hubiera despreciado
tus bravatas, si me río
y no admito el desaffo,
todo estaba remediado.
El deber y la amistad
me lo mandaban así,
y aunque yo lo conocí
me cegó la vanidad.
Luego, ya se ve, quisimos
disimular este error,
cometiendo otro mayor
¿Y qué es lo que conseguimos?
pasar una noche entera
mezclados con gariteros,
malgastar nuestros dineros,
y perder la lisonjera
opinión de la honradez.

D. CARLOS.

¿Y quién saberlo podrá?

D. SEVERO.

La conciencia.

D. CARLOS.

Callará.

D. SEVERO.

¿Calla jamás este juez?

D. CARLOS.

Vamos, vamos, ten paciencia,
que según voy entendiendo,
aun están todos durmiendo

en casa; y por consecuencia
nuestra falta no han notado.

D. SEVERO.

¿Y los criados?

D. CARLOS

¿Presumir
quieres que lo han de decir?

D. SEVERO.

Un secreto en un criado
se indigesta luego, luego.

D. CARLOS.

Es que yo les prevendré
que callen.

D. SEVERO.

Peor.

D. CARLOS.

¿Y por qué?

D. SEVERO.

Porque pierdes criado y ruego.
Depender del dependiente,
es trocar los frenos, Carlos;
y quien llega á equivocarlos
no deshace fácilmente
tamaña equivocación,
lográndose de este modo
que uno pierda su acomodo,
y el otro su estimación.

D. CARLOS.

No importa, vóiles á hablar.

D. SEVERO.

¿Al fin te decides?

D. CARLOS.

Sí.

D. SEVERO.

Haz lo que quieras, y dí,
pues vas adentro, á Gaspar,
que venga sin dilación.

D. CARLOS.

¿Tienes algo que mandarle?

D. SEVERO.

Sí: se me ha ocurrido enviarle
á casa.

D. CARLOS.

Alguna comisión
para el viejo, ¿eh?

D. SEVERO.

Pues.

D. CARLOS.

Ya estoy;

quizá será por dinero.

D. SEVERO.

Hombre, no seas majadero:
anda si quieres.

D. CARLOS.

Voy, voy.

ESCENA II.

D. SEVERO *solo*.

D. SEVERO.

¡Ya mi paciencia se apura!
No existe mayor tormento
que estar uno descontento
de sí mismo. ¡Que locura
la de anoche, y qué vileza
al mismo tiempo! ¡Qué! Es dable
que jugador miserable,
perdiera yo la cabeza,
hasta el punto de jugar
dinero que no era mío?
y después de un desafío....
y después de enamorar
la novia de quien me debe
su primera educación....!
Pues, señor, en conclusión,
soy un pícaro, un aleve.
¿Y era yo quién presumía
no tener ningún defecto?
¿era yo el hombre perfecto?
y el primer tapón.... Daría
cuanto tengo y tener puedo
por morirme ahora, ahora....
pero ¡es tan linda esta Flora!

¿Y quién sabe si por miedo
hubieran todos tenido
mi prudencia....? A nadie agrada
pasar por cobarde.... y nada
más simple que enfurecido
cuando Carlos me injurió
me acordase que primero
he nacido caballero
que no su amigo.... pues no,
no he sido tan delincuente;
y cuanto más reflexiono
encuentro más en mi abono.
Si Gaspar va diligente,
y vuelve con el dinero,
antes que este D. Fermín
me lo pida, ya por fin
del mal el menos. Yo quiero
suponer por un momento
que se ignore lo ocurrido:
entonces nada hay perdido.
Pues bien, tomemos aliento,
que quizá no se sabrá,
y siempre que en adelante
viva más cauto, es constante
que el mundo me apreciará
como me apreció hasta aquí.
Bien dice Carlos, que soy
muy tímido: así desde hoy
he de ser lo que antes fuí.

ESCENA III.

D. SEVERO Y GASPAR.

D. SEVERO.

¿Gaspar?

GASPAR.

Señor, os confieso
que yo he sido un mandarín,
un borracho, un puerco espín.

D. SEVERO.

Vamos, no hablemos ya de eso;
si la primera impresión
de una culpa nos altera,
luego la hacen más ligera
el tiempo y la reflexión.
Así que ya no me irrita
lo que ayer juzgué gran culpa.

GASPAR.

Cuando mi amo me disculpa (*aparte*)
sin duda me necesita.

D. SEVERO.

Siempre fiel te he conocido,
servicial, de buen humor.

GASPAR.

¡Ay! ¿qué me alaba señor? (*aparte*)
¿Qué es lo que habrá sucedido?

D. SEVERO.

Y darte una prueba quiero,
Gaspar, de mi estimación,
enviándote en comisión
á casa.

GASPAR.

Por.....

D. SEVERO.

Por dinero.

GASPAR.

¡Ya!

D. SEVERO.

A mi padre has de decir
algún cuento, una ficción,
que perdí por distracción
la bolsa, que.....

GASPAR.

Eso es mentir

D. SEVERO.

Mentir no, que en realidad
para dañar no conspira.

GASPAR.

Ello no será mentira
mas no es decir la verdad.

D. SEVERO.

Con que ¿no quieres?

GASPAR.

Querré
si Ud. lo toma á su cuenta

D. SEVERO.

Tu escrúpulo me revienta,
Si tomo.

GASPAR.

Pues mentiré

D. SEVERO.

Le dirás que en Villafranca
me ha sucedido un fracaso . . .
cualquier cosa, porque el caso
es que no tengo una blanca;
pero por Dios te suplico
que vayas y vuelvas pronto.

GASPAR.

¡Tomal! ¿Pues soy algún tonto?
Voy á ensillar el borrico
de D. Fermín.

D. SEVERO.

¿Estás loco?

¿en borrico? . . . dáme risa.
Si esto llamas ir aprisa
¿qué será tu poco á poco?
No, señor, has de alquilar
la mejor mula de paso,
y día y noche (este es el caso)
has de andar sin descansar.
¿Lo entiendes?

GASPAR.

Sí que lo entiendo.

D. SEVERO.

Pues bien, marcha á prevenir
mula y alforja,

GASPAR.

¿Y me he de ir
sin carta de Ud?

D. SEVERO.

Corriendo

voy á escribir una esuela
para padre, que razón
tienes.

GASPAR.

Pues, señor, alón.

D. SEVERO.

Oyes, no olvides la esuela.

ESCENA IV.

D. SEVERO *solo.*

D. SEVERO.

¡Cuánto cuesta el enmendar
un error! si se supiera,
más fácil mil veces fuera
obrar bien, que no faltar.
Y aunque nuestro orgullo es ciego,
el desengaño no es mudo,
por eso lo que no pudo
el crimen, lo pudo luego
la vergüenza de que clara
se descubra su fealdad.
¡Qué compasión en verdad

merece el que se separa
de la línea del deber!
¡Infeliz! Harto le cuesta,
y el tiempo me manifiesta
lo que no supe entender,
cuando venturoso el nombre
ignoraba del disgusto;
mas ¡ay! que siempre fué injusto,
si fué venturoso el hombre.

ESCENA V.

D. PEDRO Y DICHO.

D. PEDRO.

¡Cuánto agradezco á mi estrella
D. Severo el encontraros
solo!

D. SEVERO.

¡Ola señor D. Pedro!
¿levantado tan temprano?

D. PEDRO.

¡Ay amigo de mi vida!
Siempre madruga un cuidado.

D. SEVERO.

Es verdad.

D. PEDRO.

Y por desgracia
yo no me encuentro hoy en el caso

de necesitar consejos,
de reclamar los sagrados
derechos de la amistad.

D. SEVERO.

Pues ¿cómo?

D. PEDRO.

Solos estamos
supongo.

D. SEVERO.

Sí.

D. PEDRO.

Es que sintiera
que pudieran escucharnos,
y después.....

D. SEVERO.

No tema Ud.
pues aun no se ha levantado
D. Fermín, y la familia
anda en sus quehaceres.

D. PEDRO.

¡Bravo!
nada entonces me detiene.

D. SEVERO.

¿Qué será esto? *(aparte.)*

D. PEDRO.

Amigo, me hallo
en un fiero compromiso.

D. SEVERO.

¿Y puedo serviros de algo,
señor D. Pedro?

D. PEDRO.

Si tal,
me podéis servir de tanto,
que solamente confío,
para salir del barranco
en que estoy, en vuestro celo
en la amistad, en el raro
y prodigioso talento
que os adorna.

D. SEVERO.

Demasiado
me honra Ud. amigo;
y os suplico, que dejando
esos elogios, digáis
en qué tan afortunado
podré ser, que útil os sea

D. PEDRO.

Pero siempre es necesario
establecer los motivos
que me impelen á buscaros.
De otro modo os sorprehiera.
sin duda que entre los varios
amigos que tengo, los busque
y prefiera siendo el lazo
que nos une tan reciente;
y esto fuera muy extraño
á no mediar lo que media

Mas, amigo, vamos claros,
nunca se repara en fechas
cuando se necesita.

D. SEVERO.

Hartos
ejemplos pueden citarse
de esta verdad.

D. PEDRO.

Yo ahora trato
de buscar un hombre serio,
justo, desinteresado,
imparcial, fiel, venturoso,
y este sois vos.

D. SEVERO.

El retrato *(aparte.)*
no es del todo parecido.

D. PEDRO.

Son luces de Ud. sus vastos
conocimientos, sus rectos
principios, y su exaltado
amor á la virtud, pueden
asegurarme que el sano
consejo que necesito,
estará exento de humanos
intereses, de pasiones
y de esos afectos bajos,
que dirigen comunmente
los que damos y tomamos.

D. SEVERO.

En lo que alcanzan mis luces,
señor don Pedro....

D. PEDRO.

Bien. Paso
el asunto. Yo me encuentro,
como juez y magistrado,
en la dura alternativa,
en el caso triste y raro
de tener que atropellar
un amigo, ó los sagrados
derechos de un ministerio
terrible; mas necesario.

D. SEVERO.

¿Y este amigo ha delinquido?

D. PEDRO.

La ley le condena.

D. SEVERO.

¿El caso
os parece tan difícil?

D. PEDRO.

Sí me parece; pues varios
incidentes favorecen
y escudan su atropellado
arrojo. Luego es mi amigo,
nos tratamos como hermanos
ambas familias, y es fuerte
cosa verse precisado....

D. SEVERO.

Pero la ley

D. PEDRO.

En cuanto á eso
no puede disimularlo:
le coge de medio á medio.

D. SEVERO.

Pues, señor, un magistrado
no debe entonces dudar:
y es un crimen el retardo
más pequeño, la menor
dilación, si fuere en daño
de su augusto ministerio.

D. PEDRO.

Ni yo de ofenderlo trato;
pero pudiera, como hombre,
encontrar mas avisado
el medio de conciliar....

D. SEVERO.

Imposible es encontrarlo.
La ley indica la senda,
y el juez los ojos cerrados,
debe seguirla y llegar
al fin propuesto. Si incauto
los abre, arriesga el perderse,
pues buscará los atajos,
y con ellos peligros.

D. PEDRO.

¿Conque prescindo de cuanto
me interese en su favor?

D. SEVERO.

Si, señor, ó vais errado.
Y no os parezca tampoco
que hacéis un extraordinario
sacrificio. Nó, en la historia
encontraréis un romano
Dictador que condenó
á su hijo. También un Casio
y un Bruto que dieron muerte,
uno al padre, otro al amado
bienhechor. En fin, mil hechos
iguales, que demostraros
podrán cuanto los afectos
se miran subordinados
á los deberes, y cuánta
gloria nos da el sujetarlos.

D. PEDRO.

Mil gracias, amigo mío
Confieso habéis disipado
todas mis dudas, y pronto,
pronto conoceréis si hago
caso de vuestros consejos.

D. SEVERO.

¡Ola! ya se ha levantado
D. Fermín.

D. PEDRO.

Tanto mejor
Ahora veréis lo que valgo
cuando amigos como vos,
me infunden valor.

D. SEVERO.

El diablo
me lleve, si yo comprendo
qué analogía...

ESCENA VI.

FERMIN, DOÑA TOMASA, D. CARLOS,

COLASA y dichos.

D. FERMIN.

¡Levantados,
y á estas horas ya en visita!
Pues esto, ó mucho me engaño
ó es pedirme chocolate.

D. PEDRO.

Sí, chocolate, el que traigo.
no es muy bueno para vd.

D. FERMIN.

¡Oiga!

D. PEDRO.

Soy muy desgraciado,
D Fermín.

D. FERMIN.

¿Qué dice Ud?

D. PEDRO.

¿Y he de ser yo, cielo santo

quien entregue esta familia
al dolor?

D. FERMIN.

Pues ¿cómo? claro,
diga vd. lo sucedido,
que esos gestos y esos ascos
me matan á confusiones,
y me indican....

D. PEDRO.

Mucho y malo
deben indicar á Ud.,
y nunca hubiera encontrado
en mí bastante valor
(lo confieso) para daros,
siendo tan amigo vuestro,
semejante trabucazo,
si los prudentes consejos
del hombre que estáis mirando
mis deberes, como juez,
no me recordasen sabios:
si una lógica elocuente
no me hubiese demostrado,
que la ley no tiene amigos,
sino aquellos que observando
sus preceptos, siguen siempre
la línea que ella ha trazado.
Por eso, al fin me decido....
y á mi pesar.. violentando
mis afectos.... he venido....

D. FERMIN.

¿A qué, señor! Concluyamos.

D. PEDRO.

A prender á D. Carlitos.

D. SEVERO.

¡Qué escucho! (aparte.)

D. FERMIN.

¿Qué es esto, Carlos?

D. CARLOS.

Lo ignoro, y como no sea
por un lance, un altercado
que con nn desconocido
tuve ayer noche, no caigo
en lo que pueda ser.

D. FERMIN.

Vaya (á D. Ped.)

es esto?

D. PEDRO.

Lo han acertado
ustedes.

D. FERMIN.

¿Y tal friolera
basta para....

D. PEDRO.

Despacio,
señor don Fermín, que yo
no soy ningún mentecato

para obrar tan de ligero.
Sepa Ud. que han delatado
á Carlos por desafío
tenido anoche: por varios
conductos me vino el soplo;
y yo, como magistrado,
no puedo disimular
un hecho que saben tantos.
Fuera esto comprometer
sin ton ni son, y en tal caso
el individuo....

D. FERMIN.

Ya entiendo:
y después aconsejado
por don Severo....

D. PEDRO.

Cierto.

D. FERMIN.

Hombre
está Ud. endemoniado?
¡Este es un cuñadicidio!

D. SEVERO.

Señor don Fermín, reclamo
vuestra indulgencia. Escuchadme
y juzgadme si he faltado
al deber, ó á la amistad.

D. FERMIN.

Déjeme Ud. por San Pablo *(alejando-*
A lo menos si ya hubiesen *se de él.)*

ustedes emparentado,
anda con Dios, que no fuera
Ud. el primer cuñado,
ni el último que lo hiciese;
pero antes es un milagro,
una cosa nunca vista.

D. SEVERO.

Carlos, tú que me has tratado
y me conoces á fondo
dí, si me juzgas tan malo,
tan perverso, que.....

D. CARLOS.

No sé; *(alejando-*
pero sólo si reparo, *se de él.)*
que no aconsejas muy bien.

D. SEVERO.

Flora, por Dios.....

DOÑA TOMASA.

Muy villano *(alejando-*
vuestro proceder parece; *se de él.)*
suspendo mi juicio, y no hago
poco.

COLASA.

Oigame Ud. un consejo.
pues parece aficionado.
Quien obra mal hace bien
en callar

D. SEVERO.

¡Estoy soñando!

Me desprecian, y huyen todos de mí, cual si fuera el diablo, sin oirme, sin informarse tan siquiera hasta qué grado soy criminal. ¿Y por qué me huyen? ¿Por qué soy malvado? Porque tengo la apariencia contra mí: si así juzgamos siempre, no me maravilla encontrar tantos culpables.

D. PEDRO.

Juzgamos, ni más ni menos, lo mismo que aconsejamos. Cuando no nos duele, duro; y cuando nos duele, blando.

D. SEVERO.

Diga vd., señor D. Pedro, á estos señores, si acaso pude saber se trataba de Carlos.

D. PEDRO.

Nó le nombramos, en efecto.

D. FERMIN.

¡Ola! Pues eso (*acercándose.*) es otra cosa.

D. CARLOS.

En salvando (*idem.*) tu amistad, nada me importa lo demás.

DOÑA TOMASA.

Pues yo no parto (*acercándose.*) tan de ligero, por eso hice muy bien en dudarle.

COLASA.

Sí señora, siempre dije (*idem.*) lo mismo.

D. SEVERO.

¡Qué desengaño, y qué lección! Lo que siento, señor don Pedro, y lo extraño á la verdad, es que Ud. me comprometiese tanto.

D. PEDRO.

Señor, yo busqué un consejo que me ilustrase en tamaño compromiso; Ud. no debe resentirse, si arrastrado por la opinión de sus luces.....

D. SEVERO.

Pero en empeño tan arduo Ud. debió, cuando menos nombrarme al interesado, para que yo.....

D. PEDRO.

¿Y que hace el nombre para el hecho?

D. SEVERO.

Sí, que Carlos
es mi amigo, y.....

D. PEDRO.

Se prescinde
de estos febles y mundanos
afectos, cuando se trata
del bien social.

D. SEVERO.

Sin embargo...

D. PEDRO.

Y sino, acuérdesse Ud.
de aquel dictador Romano
que me citó no hace mucho.

D. SEVERO.

Diré que ha sido un borracho;
pues de otra suerte no hiciera
tan repugnante atentado
La naturaleza nunca
pierde sus derechos santos,
y aquel que los desconoce
es imbécil, ó malvado.

D. PEDRO.

¿Y Bruto?

D. SEVERO.

¡Oh! no lo nombréis
fué un parricida

D. PEDRO.

Pues Casio
no le fué entonces en zaga.

D. SEVERO.

¡Ya se ve!

D. PEDRO.

Mas lo contrario
¿no digísteis hace un credo?
ó al menos lo habré soñado.

D. SEVERO.

Es que entonces.....

D. PEDRO.

Es que entonces
era el paciente un extraño,
y á su costa siempre es bueno
ser justo y cargar la mano.
¿No es verdad?

D. SEVERO.

Qué responder

no sé.

D. FERMIN.

Pero ese adversario
de Carlos, ¿quién es? ¿Se puede
saber?

D. PEDRO.

Señor, lo ignoramos;
y si Carlos no lo dice....

D. SEVERO.

Lo diré yo.

D. CARLOS.

¿Mentecato! *(á Sev. ap.)*
¿no vez que á tu amada Flora
comprometes?

D. SEVERO.

Pero Carlos, *[lo mis-
mo á Carl.]*
¿he de permitir....

D. FERMIN.

¿Qué es eso,
Señores?

D. CARLOS.

Nada, un encargo
que le dejo.

D. FERMIN.

¡Lindo cuento!
Pues como dé los recados
como los consejos.....

D. PEDRO.

Vaya,
si vd. no tiene reparo,
D. Carlos, nos marcharemos
juntos.

D. CARLOS.

No lo tengo. Vamos.

D. FERMIN.

¡Ay, Virgen santa! Oiga vd. *(ap. á*
¿Donde va el chico? *D; Ped.)*

D. PEDRO.

A su cuarto *(ap. á D.*
á que se desnude, y duerma *Ferm.)*
el tiempo que ha trasnochado.

D. FERMIN.

¡Con que, á la cárcel!

D. PEDRO.

No hay medio:
es fuerza formar sumario,
y remitirlo á Pamplona.

D. FERMIN.

Pues, señor, acompañarlo
quisiera yo hasta la cárcel.

D. PEDRO.

Venga vd.

D. FERMIN.

Pronto despacho,
y á mi vuelta, D. Severo, *(á D. Sev.)*
tenemos que hablar un rato
á solas.

D. SEVERO.

Está muy bien

D. PEDRO.

Vamos, que es muy tarde.

D. CARLOS.

Vamos.

Doña TOMASA.

¡Qué desdicha!

COLASA.

¡Señorito
de mi vidal!

D. FERMIN.

¡Qué quebrantol!

¡En la cárcel un Peralta!
¡Ay, si mis antepasados
levantaran la cabeza,
no se armara mal fandango!

ESCENA VII.

D. SEVERO *solo.*

D. SEVERO.

¡Qué me sucedel! ¿Qué pasa?
por mí? No sé lo que fué
más desde que puse el pie
en esta maldita casa,
ni me conozco, ni puedo
hacer sino desatinos.
¡Cuál será, cielos divinos,
el fin de todo este enredo!
Si se llega á descubrir
que fuí yo quien ha reñido
con Carlos, estoy lucido;
y si no, ¿he de permitir
que él sufra en dura prisión
mientras que alegre paseo?
Es imposible, y yo creo

que fuera una vil acción
silencio tan criminal
Así romperlo sabré.
Mas ¡necio! ¿y qué ganaré?
¿mi mal calmará su mal?

No por cierto, y solamente
se logrará en realidad,
sin curar la enfermedad,
aumentar otro paciente.
Mi temor crece á medida
que los riesgos se acrecientan,
y las dudas atormentan
más mi pecho que la herida:
fuerza será que yo busque
mi remedio en un consejo,
antes de que vuelva el viejo
y su cólera me ofusque.
A Flora voy á buscar,
ella será mi doctor,
si un mal que ha causado amor,
amor lo sabe curar.

